

# La Intemperie Juvenil: entre la crisis del futuro y la reinvencción del porvenir

*Por Raúl Domingo Motta*

*La UNESCO ha querido dar un nuevo e innovador impulso a su política en favor de los jóvenes con el fin de tener en cuenta las preocupaciones de la juventud, que vive en su gran mayoría en países en desarrollo. La revista complejidad quiere plegarse a esa estrategia 2010-2011 con su perspectiva particular al respecto.*

La aparición cada vez más frecuente, de las consecuencias más funestas del trabajo del nihilismo en la conciencia de los jóvenes, la violencia y la intoxicación con alcohol y otras sustancias, así como el fenómeno de las maras y la reciente violencia en países europeos, en especial en Francia, tiene una directa relación con la ausencia para ellos, de un horizonte de futuros posibles y de mecanismos que permitan en sus distintas etapas de crecimiento, un real protagonismo en la construcción de su destino, por más incierto que sea el momento histórico que les toque por vivir. Hace tiempo señalaba Octavio Paz al respecto:

*La pérdida de la imagen del futuro (futuribles, o futuros posibles para nosotros), decía Ortega y Gasset implica una mutilación del pasado. Así es, todo lo que nos parecía cargado de sentido se ofrece ahora ante nuestros ojos como una serie de esfuerzos y creaciones que son un no-sentido. La pérdida de significado afecta a las dos mitades de la esfera (humana), a la muerte y a la vida: la muerte tiene el sentido que le da nuestro vivir; y éste tiene como significado último ser vida ante la muerte. Nada nos puede decir la técnica sobre todo esto. Su virtud filosófica consiste, en su ausencia de filosofía. Tal vez no sea una*

*desgracia: gracias a la técnica el hombre se encuentra, después de miles de años de filosofías y religiones, a la intemperie. (Paz 264-265)*

De ser así, esto implicaría como misión principal de la educación, la necesidad de crear condiciones concretas que posibiliten un sincero y fecundo diálogo con ellos, a través de un análisis y reflexión sobre las condiciones necesarias y los riesgos inherentes al esfuerzo de construcción de nuestros futuros posibles, teniendo por horizonte la emergencia de una nueva era. Dentro de este marco entonces, tendría sentido reflexionar sobre ideas como mutación, umbral, desafío, esperanza, crisis, invención, ceguera y visión, las cuales hoy conforman una constelación de antiguas palabras, pronunciadas en el claroscuro del posible amanecer de una nueva era que por nueva, no significa necesariamente, ni mejor ni peor que la actual. Nada de ello se puede hacer, si reducimos estos hechos cada vez más frecuentes, a un problema de mero desempleo, porque sin dejar de ser verdad, estos fenómenos ocultan un sin número de cuestiones que alimentan el malestar del ciudadano de hoy y que se expresa de distintas maneras en los jóvenes. Nueva era que como tal, se halla entretenida en un balbuceo de términos, neologismos y preconceptos, como por ejemplo, "posmodernidad", "complejidad", la "era

del vacío" y "Fin de la historia". Estos términos son en realidad, la expresión del agotamiento del proyecto moderno como matriz cultural y paradigmática de universalización y como sistema de creencias, que motivan y dan significado a las acciones humanas.

La posmodernidad (para utilizar el término más popularizado para hacer referencia a este estado de cosas), es una forma pobre y resignada, de designar el agotamiento de la sensibilidad del proyecto moderno, como configuración social para el ordenamiento de la vida humana y su poder global. Este agotamiento, es vivido sobre todo en las grandes ciudades de Occidente, como una crisis por saturación e implosión, que favorece la fractura política de los soportes de este proyecto moderno, cualquiera sea la región donde éste se ha instalado, a través de la organización del Estado Nación, hoy sometido a una crisis de escala organizacional que parece irreversible. Otra forma de este mismo proceso, es aquella que se vive en países de Medio Oriente donde han fracasado, tanto los proyectos de modernización de orientación marxista como los de orientación liberal y al mismo tiempo, sus antiguas tradiciones permanecen en el olvido, o en manos de una elite que las utiliza como factor de manipulación de una población cada vez más pobre y analfabeta.

Se suma a ello, la evidencia de que el retiro del colonialismo en África no ha resuelto la incapacidad local e internacional de acabar con las guerras fratricidas, ni ha podido terminar con las impunes operaciones de explotación de las compañías transnacionales, ni solucionar la impericia de las elites locales a la hora de gobernar.

Tal vez, "intemperie" sea el término más correcto para signar el estado espiritual de los

jóvenes de nuestra época. Por ello, la posmodernidad es cultural e ideológicamente, la expresión melancólica del paulatino socavamiento de la modernidad, como dispositivo estructurante y motorizador del sentido en la sociedad occidental y también, en aquellas sociedades que la adoptaron como modelo de desarrollo y modernización. Los elementos que conformaban la constelación de creencias y fundamentos de la modernidad y al mismo tiempo, operaban como dispositivo para la creación de hábitos, conductas y motivaciones sociales eran:

1. La crítica como "superación" de las tradiciones premodernas entendidas como obstáculos de la razón.
2. El sentido unidimensional, lineal y evolutivo de la Historia.
3. El orden mecánico como paradigma organizacional y cosmológico.
4. El sujeto racional como fundamento y dominio del protagonismo histórico y natural.
5. La continuidad evolutiva y lineal como metáfora del tiempo (geometrización de la temporalidad) en los procesos sociales de domesticación.
6. La sobrevaloración del cambio y su vinculación con la idea de revolución como salto mesiánico.
7. La ciudad como patio de los objetos, es decir, un espacio aislado y normado para el bienestar material y el consumo, hoy transformado en museo y "patrimonio cultural".
8. La sustitución de la idea de revela-

ción cristiana por la idea de progreso histórico. Y la invención del futuro como espacio de realización del paraíso en la Tierra.

9. El Estado moderno como resolución superior del orden cívico, socio económico y monopolio militar, en detrimento de las comunidades y sus espacios étnicos y culturales.

10. La autonomía entendida como liberación de toda necesidad y alienación mediante el dominio del conocimiento y la técnica.

El debate actual gira, entonces, sobre el reconocimiento, explícito o no, de la obsolescencia de este conjunto de elementos como productores de sentido y en segundo lugar, como fuerzas motivantes para el sacrificio personal, pero sin encantar ninguna salida al respecto, a lo sumo se contenta con una repetición hasta el hartazgo de recetas tecnocráticas y descontextualizadas, reemplazando la "voluntad de poder" o de "revolución" por la "voluntad de administración". De entre todos los factores en juego en este proceso de obsolescencia, los más sensibles y ejemplificantes corresponden a dos fuertes desencantos que, en realidad, son las dos caras de una misma moneda: el progreso improductivo y el mito del desarrollo, que expresan torpemente algo más profundo, la crisis de la noción moderna de futuro y el desprestigio de las ideologías salvacionistas. Tal vez, todo comenzó con los estragos producidos por la primera guerra mundial y consolidados más tarde, con la detonación de dos bombas atómicas en la segunda guerra mundial. En 1952, Romano Guardini hablando del peligro que a partir de estos acontecimientos quedaba incorporado en la capacidad y poder de la humanidad, es decir su auto

destrucción, señalaba que sin embargo, existía otro peligro aún peor, que hoy los jóvenes dan testimonio con sus críticas o su indiferencia frente a la mayoría de las consignas "adultas":

*Hay otro peligro, menos directamente perceptible, pero que también extiende su amenaza por doquier. El hombre adquiere un poder cada vez mayor sobre el hombre mismo; es capaz de influir cada vez más profundamente sobre su cuerpo, su alma y su espíritu. Pero ¿en qué dirección lo hará? Una de las enseñanzas más terribles para aquellos cuya formación hundía sus raíces en los tiempos anteriores a la primera guerra mundial ha sido comprobar que en la existencia concreta el espíritu es más débil de lo que suponían. Habían pensado que el espíritu, por ser tal, y de manera directa, era más fuerte que la violencia y la astucia. Esta idea se expresaba en frases como las siguientes: "No se puede aplastar al espíritu...", "La verdad se impone siempre...", "Al final siempre triunfa lo auténtico...", etc. (...) Los que pensaban de esa manera se vieron obligados a aprender hasta dónde se extiende el poder del Estado y de la organización de la vida pública y hasta qué grado tan espantoso es posible paralizar el espíritu, desanimar a la persona, confundir las normas de lo válido y de lo justo. (Guardini 76)*

Si Quevedo, en el momento del nacimiento y consolidación del proyecto moderno, como espectador periférico, expresó:

*Nada me desengaña,  
el mundo me ha hechizado.*

Hoy el hombre contemporáneo, periférico de sí, puede expresar, como síntesis de esta crisis que opera por saturación:

*Nada me hechiza,  
el mundo me ha desengañado.*

El hechizo del proyecto moderno, se había consumado en la transmutación temporal que sufren las ideas de evolución y revolución en los albores de la Edad Moderna. A través de la certeza sobre el dominio de la historia y de la naturaleza, la modernidad creía poder colonizar el futuro con la misma facilidad, con que colonizó el espacio político presente y conquistó las Américas. Esta certeza es asumida por dos ideologías, el liberalismo y el marxismo, ambas lanzadas a la conquista del paraíso profano, mediante una procesión de hechos justificados por la ley del mercado, o por la ley de la historia. La "dialéctica" o la "mano invisible" de los mercados, reemplazaron a Dios. Es cierto, existió otra alternativa: el fascismo pero fue solo una "diversión" sangrienta.

El siglo XX, es el teatro en donde las utopías de la modernidad se transmutaron en fracaso, mediante la "biodegradabilidad" del mesianismo geometrizable que las sustentaba. Paralelo a los fracasos de las ideologías políticas modernas, los campos científicos y tecnológicos producen saberes y conocimientos que conmueven el edificio epistemológico de la modernidad. La realidad ontológica de la modernidad deja de verse como una certeza o firme piso, donde sostener el desarrollo social y la conquista del futuro, para transformarse en una alfombra voladora. Tanto las geometrías, como la física, la matemática y la biología, transmutan la realidad del cosmos la materia y la vida en una combinatoria de factores y funciones, emergentes, fugaces y transitorias. La conjunción de estos dos factores, la

crisis de las ideologías y el desfundamiento ontológico de la realidad moderna, reduplican la sensación de intemperie, irreversible a cualquier hechizo discursivo o relato moderno.

Cuáles son las conclusiones después del hechizo y que impiden un nuevo encanto:

1. La ciencia no solo ilumina sino también ciega.
2. La civilización también contiene la barbarie.
3. La razón también contiene a la locura y a la sinrazón.
4. Lo Uno contiene también a lo Otro.
5. Lo perfecto a veces es monstruoso.
6. El orden también contiene al desorden.
7. La proliferación de conocimientos y de objetos no nos hace ni más sabios ni más felices.
8. Todo nuevo refugio es una antigua trampa.

El estallido de la modernidad no se manifestó solo al este de Berlín sino también al oeste. En el este, el mecanismo fue la saturación del control. En el oeste, es la saturación de lo real y la metástasis del ego. Las discusiones sobre la "posmodernidad" y el "Fin de la historia" no son ajenas a ello, sino que por el contrario, son el fruto de esta crisis dentro del despliegue de la planetarización. Esta situación es la que de alguna manera clausura al pensamiento filosófico y secuestra el espacio de la política. Por ello con la crisis del comunismo y el desencanto de las promesas del mercado, lo que se transforma en impensable bajo los códigos de la modernidad, es lo más urgente: el problema y el destino de la comunidad humana. Todo ellos se evidencia en la actitud y en el rostro de los jóvenes, lo cual se ma-

nifiesta a pesar de no tener los detalles de semejante derrotero, porque solo viven su desastre. Al respecto afirma Alain Badiou:

*La comunidad, tal como hasta aún sigue latente en los vestigios de la idea comunista, en la culminación misma de la caducidad de tal idea, es aquello por la cual lo colectivo está en forma de su eclosión, sin sustancia ni relato fundador, sin territorio ni frontera, no tanto sustraído a la opresión y a la división como desplegado más allá de tal reparto (...) Comunidad tal que no se puede ni proceder a su institución ni consagrada a su perpetuación, sino solo mantenerse en la acogida de su llegada, en la ofrenda de su acontecimiento . (Badiou 125)*

Dentro de este marco epocal ¿Cuál es la estrategia que las sociedades latinoamericanas podrían asumir frente a la incertidumbre y las paradojas que este proceso mutacional genera? se nos ocurren cuatro posibilidades:

¿Volver a los orígenes? Interrogante que implica a las respuestas neo-fundamentalistas y neo-mesiánicas.

¿Retener los valores de la modernidad y buscar un punto de fuga tecnológico? Interrogante que implica a las repuestas conservadoras y neo-modernas.

¿Declarar el Fin de la historia y dar un paso al costado sin responsabilizarse por el futuro ni por el pasado? Finalismo y decadentismo norteamericano. Pensamiento cool centroeuropeo. Nihilismo o ideologías agonales.

¿Trabajar en función de un renacimiento incorporando la incertidumbre, la ambivalencia, paradojas, la autocrítica y el afuera? Emergencia de redes sociales informales. Nuevas formas asociativas en relación con las nuevas escalas de organización humana.

¿Dónde se ubican temporalmente los jóvenes en este contexto donde los adultos sufren la superposición de tres tiempos?

TEMPORALIDAD	VIVENCIA
El Premoderno	Petrificación e Infierencia
El Moderno	Arrogancia y Desasoiogo
El Posmoderno	Nostalgia y Cinismo

Para articular una posible respuesta esta perspectiva más que globalización, este nuevo horizonte tiene un nombre: era planetaria, un espacio transnacional donde "los mundos", lejos de mundializarse se vuelven, a pesar suyo, visiones provincianas de un devenir histórico que ha convertido los conflictos exteriores de los estados en conflictos interiores de una humanidad que transita el desafío inédito de la gobernabilidad planetaria. Desde esta perspectiva la globalización de los mercados y el impacto de la revolución de las telecomunicaciones es la parte visible que oculta una transformación mucho más profunda, porque por más mundializados y globalizados que esteos nuestras estructuras mentales, nuestros modos de vivir, nuestra organización social, la forma de los estados y el funcionamiento de los organismos internacionales, siguen estructurados de acuerdo con un mundo que ya no existe.

Parte de este despiste se manifiesta en la idea del "Fin de la historia" y en la expresión "posmodernidad", dos ideas que simplifican, en exceso, la visión del contexto

actual y no perciben el desafío de este nuevo horizonte para el pensamiento y la acción: la era planetaria. Porque no se trata de la clausura de la Historia, sino de una nueva condición del devenir planetario de la humanidad: la convergencia de la multiplicidad histórica de sus sociedades en una encrucijada que Alain Touraine señaló con un interrogante: "¿podremos vivir juntos?" Responder esta pregunta conduce a otra: ¿qué futuro queremos?

A partir de estos y otros interrogantes y también a partir de la creciente descontextualización que sufren los actores sociales, en especial políticos y educadores, es preciso repensar dos recursos humanos del pensamiento humanista, para afrontar el desafío de la construcción del futuro en el actual contexto de transformaciones de la era planetaria: el arte de la conjetura y la prudencia, que según Aristóteles consiste en el componente principal del arte de la política.

Las traducciones modernas de estos dos recursos serían para el primer caso, prospectiva y para el segundo caso según Octavio Paz y Cornelius Castoriadis, "arte de orientarse en la historia". Es necesario repensar el contexto y buscar el sentido de nuestro presente.

Porque tal vez, el obstáculo más difícil de la actividad social en el orden de la gestión y la planificación de las organizaciones, en especial en el ámbito de la prevención de la salud y en la educación, consista en la forma en que percibimos la cuestión del futuro y las transformaciones del contexto actual. Como alternativa al fatalismo ideologizado la educación debería centrarse en el interrogante por el sentido de la vida y por el porvenir, a través de de la combinación entre la educación y las políticas públicas que promueva la creatividad y convoque a la imaginación individual y colectiva.

¿Es posible realizar una política y una cultura de la prevención, sin esperanza y sin espacio de encuentro para la construcción del porvenir en un contexto de creciente incertidumbre? No, porque previsión significa futuro y futuro solo tiene significado si la comunidad crea un sentido más allá de lo funcional y el consumo.

La era planetaria no reclama la predicción del futuro, sino la transformación del mundo, a través de la invención del porvenir, mediante la gestación de espacios y formas de aprendizaje, donde la recontextualización de nuestras circunstancias se realice a partir de un esfuerzo lúdico de anticipación del porvenir, que no desplace ni oculte la pregunta por el sentido de nuestras vidas y la reflexión sobre las consecuencias éticas de nuestras decisiones, en un mundo interdependiente y complejo. No se trata de mejorar la funcionalidad de las cosas sino de preguntarnos si ello aún tiene sentido.

Con o sin respuestas totales o parciales, pero partiendo de otra actitud frente a las cosas y su significado, a través de un primer sinceramiento y comprensión de lo que esta en juego en la era planetaria, tal vez la "espera" de los jóvenes pueda convertirse en fuerza regenerativa porque como dijo Bob Dylan, lo que no se regenera degenera.

### **Bibliografía:**

- Octavio Paz (1973) *El arco y la lira*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Romano Guardini (1982) *El poder*. Ediciones cristiandad, Madrid.
- Alain Badiou (1992) *Philosophie et Politique* en VV. AA. *Politique et modemité*, Osiris, París.
- Jean-Luc Nancy (1990) *La communauté désœuvrée*, Christian Bourgois, París.
- Giorgio Agamben (1991) *Lacommunauté qui vient*, Le Seuil, París.